

POESÍA

Educación sentimental

'Palabras para Julia', de Goytisolo, cumple 25 años

Palabras para Julia

José Agustín Goytisolo. Editorial Lumen. Barcelona, 1990. 76 páginas. 1.100 pesetas.

ÁLVARO SALVADOR
La obra del grupo poético del 50, y más especialmente en este caso la de los escritores a los que Carme Riera llama la Escuela de Barcelona, nos llegó a los jóvenes de mi generación, en los años sesenta, a través de la música. Y en concreto fue la poesía de José Agustín Goytisolo, vehiculada por Paco Ibáñez, la que nos vino a revelar la existencia de unos modos y maneras vivos de escribir que conectaban con lo que nosotros entendíamos que debía ser la poesía y la vida, al menos nuestra vida.

El discurso poético de Goytisolo reflejaba perfectamente la atmósfera de aquellos años —¡ay, y la de ahora!—, y lo que eran y son para nosotros los elementos de una *educación sentimental* que, sin duda, nos marcó para siempre. ¿Quién es capaz de escuchar ahora las estrofas de *Palabras para Julia* sin emocionarse como hace 25 años?

No se trataba sólo de emoción, sino también de cuestiones más trascendentales. Porque *Palabras para Julia*, poema evidentemente dedicado por José Agustín Goytisolo a su hija, que entonces tenía siete años, parecía y parece hablarlos a todos y a todas (individualmente, de un modo íntimo y directo y con palabras de un padre o de un hermano mayor, y sin paternalismo) del futuro, de nuestro futuro: "Un hombre solo, una mujer, / así tomados de uno en uno, / son como polvo, no son nada. / (...) / Por lo demás, no hay elección, / y este mundo tal como es / será todo tu patrimonio..."

Escribir y defender

Sentimental, sí, pero de una sentimentalidad distinta e inusual, basada en otra perspectiva y en otra mirada hacia la vida y hacia las cosas. Nosotros no sabíamos qué podía ser la *poesía de la experiencia* y tampoco conocíamos cómo po-

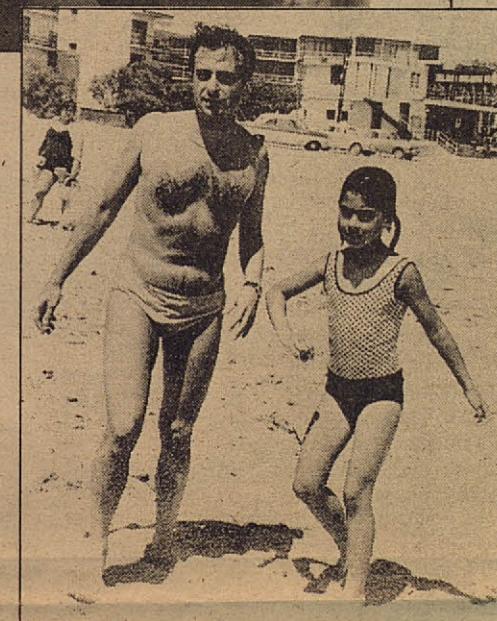


Arriba, Julia y José Agustín Goytisolo, fotografiados este otoño. A la derecha, padre e hija en el verano de 1965, año en que Goytisolo escribió *Palabras para Julia*.

día escribirse, aunque sí teníamos muy claro el tipo de poesía que queríamos escribir y defender. Y este verbo, defender, tuvo, es lógico, una importancia radical en nuestro primer contacto con la obra de José Agustín Goytisolo.

Porque su nombre mítico, pero apenas entrevisto en las carátulas de los discos de Paco Ibáñez, y luego en los de Rosa León o Nacha Guevara, y en alguna de las pocas revistas *decentes* de la época, siempre estuvo y estará unido a nuestra particular mitología.

No conocíamos en los años sesenta los libros de Goytisolo, muy difíciles de encontrar en cualquier parte, y más aún en provincias; fue comenzada la década siguiente cuando pudimos acceder a reediciones de *El retorno*, *Salmos al viento* o *Bajo tolerancia*. Antes de que esto ocurriera, tan sólo sus poemas recogidos en las antologías más señeras y solventes; pero nos bastaron para introducirnos en



una poética personalísima, en unas formas y modos poéticos mucho más fascinantes y esclarecedores que toda aquella parafernalia neoparnasiana y veneciana, y luego posmoderna y pura, que quisieron imponernos, sucesivamente y sin resultado, unos vates hoy ya perclitados o

agonizantes. A partir de aquí, el interés se hizo extensible a aquellos compañeros que flanqueaban a Goytisolo en su aventura poética, en pos no sólo de una nueva estética y de un modo de formalizar el poema —el contenido del poema es la forma, repite siempre Goytisolo, citando a Ezra Pound—, sino también en pos de lo que más tarde se ha revelado como un modo muy particular, por lo infrecuente, de entender la amistad y el compañerismo entre ellos.

Así nos llegaron *Moralidades*, de Jaime Gil de Biedma; *Tratado de urbanismo*, de Ángel González; *Don de la ebriedad*, de Claudio Rodríguez; *Pliegos de cordel*, de José Manuel Caballero Bonald, o *Compañera de hoy*, de Alfonso Costa-freda.

Estilo propio

Todos ellos empleaban, y los que sobreviven aún emplean, unos modos poéticos que no creen en la comunicación del autor al lector, pero sí creen en el oficio y en los artificios poéticos; todos ellos defienden la dignidad de una profesión u oficio, y todos reivindican, pues la tienen, una personalidad y un estilo propio, que es la expresión libre de sus diferencias. Ellos nos hicieron comprender lo gratificante que puede ser el trabajo literario si se logra introducir en el trabajo de todos los días, en la tarea de construirnos o destruirnos cotidianamente, de cara al futuro y de espaldas a las solemnes mentiras literarias enmascaradas de verdad, autenticidad, pureza, desnudez. De espaldas a todos los crespones y guadrapas neoparnasianos, neobarrocos y neoesteticistas que la pollilla ha devorado en las casas de los efebos.

La poesía de Goytisolo tiene, claro está, pues todos sus compañeros ya citados tienen la suya, una forma especial: es la más *despeinada* y más *fresca* (en todos los sentidos) y, por tanto, más atrevida, más arriesgada, más diversa en cada uno de sus libros. Su talante tuvo mucha importancia en la poesía que se ha manifestado en la década de los ochenta, precisamente porque hace 25 años ese hálito de espontaneidad y de irreverencia contra manidas formas y caducos temas marcó profundamente a una generación iconoclasta que despertó escuchando *Palabras para Julia*.